

Propaganda -

THE END OF LOVE



El Jardin
de Alá

ALICE TERRY

30
cts.



INGRAM, Rex

SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de reparto de Suscripciones: Barriera, 16

B A R C E L O N A

The Garden of Allah, 1927
EL JARDÍN DE ALÁ

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por los eminentes artistas

Alice Terry - Ivan Petrowich

& Marcel
Vibert

por MANUEL NIETO GALAN

E X C L U S I V A

METRO GOLDWYN

Mallorca, núm. 220 Barcelona

REPARTO

Domini Enlidel ALICE TERRY

El Padre Agustín IVAN PETROWICH

Boris Androwsky IVAN PETROWICH

ARGUMENTO DE BONA PELÍCULA

En el Norte de Africa, los bárbaros colores de las costumbres de siglos anteriores brillan todavía, con la pujanza que les da el fanatismo religioso de sus habitantes.

El tiempo no ha oscurecido ni el profundo azul de sus cielos, ni el resplandor blanquecino de sus minaretes, que, como vigías constantes, coronan las ciudades de los creyentes de Mahoma. Sus hijos todavía viven y visten como en los días del profeta, ondeando al aire la blancura de sus "slujams" de hilo y seda.

En aquellas tierras, como en todo el Universo, el más profundo sentimiento del corazón del hombre, ya sea blanco, o negro, es para su Dios, y ninguna otra fuerza en la vida puede substituir a este amor por el Creador. Cada ser, de manera distinta, pero con igual fe, eleva sus plegarias al Altísimo

y siente momentos de infinita contricción, de supremo arrepentimiento de sus culpas, para las que solicita del Todopoderoso su misericordia infinita.

En Africa, al atardecer, sobre el blanco minarete de la mezquita principal, el "muezzin" recuerda a todos los fieles esta sagrada misión del hombre y lo invita a la oración del "magreb". Su voz se extiende por toda la ciudad diciendo:

—¡Dios es grande!... ¡Dios es Supremo!... ¡No hay más dios que Dios!... ¡Venid a orar! ¡Orad por vuestras culpas, creyentes!

Y todo buen musulmán acude a este llamamiento y doblando sus rodillas, sus labios musitan una profunda oración. En ella, las chulabas se alzan o se humillan, al compás de sus cantos religiosos, como una amplio patio de la mezquita, alrededor de inmensa blanca ola. Es el templo de su Dios y a él acuden en demanda de auxilio y protección.

Dios está en todas partes, y no lejos de la mezquita, tiene otra plaza fuerte, el Monasterio de los Trapenses de Staoueli, primera avanzada de la fe Cristiana en Argelia. También en aquel recinto todo es paz y silencio; el único ruido que altera su mutismo son los cantos religiosos de los monjes, quienes hacen al entrar en el tras votos solemnes: "Vi-

vir en silencio", "Vivir en la pobreza" y "No casarse nunca".

Sus vidas se deslizan obscuramente, sin más atractivo, ni más fin que el de servir a Dios y a los necesitados. Son los soldados de Cristo que extienden su doctrina de amor y de bondad por el Orbe. Rezan durante cuatro horas y luego realizan cada uno diferentes tareas. Los hay carpinteros, zapateros, labradores, en su pequeño huerto, fabricantes de un exquisito licor llamado Trampesina, cada uno tiene su obligación diaria, pero sin que ninguno pueda pronunciar una sola palabra. Sus vidas están sumidas a un silencio tan eterno como el de la misma muerte y sus voces sólo se oyen acompañadas de la melodía del armonium.

Pero en el corazón de uno de esos monjes había tomado asilo la inquietud, la rebelión contra la monotonía de la vida trapense. De poco tiempo acá, el contacto con los visitantes del monasterio había llenado la mente del Padre Adrián con pensamientos del mundo, al que había renunciado siendo niño. No conocía nada de aquella vida de que hablaban los visitantes y su corazón joven e impetuoso suspiraba por la libertad de que se había visto siempre privado. Era un pajarillo nacido y criado en la jaula que lloraba al ver a sus hermanos volar por el espacio.

El Padre Adrián era el director de la elabo-



La condesa en sus brazos, hacia la puerta del Monasterio.

ración del famoso licor, pero ni el trabajo, cada vez mayor, que él mismo se imponía, ni los rezos, podían apartar de su mente aquella ansia de liberación que sentía su corazón.

Una tarde, mientras precintaba las botellas de licor, vió que uno de los monjes, el más anciano, pretendía inútilmente partir con una hacha un enorme tronco. Compadecido de él, le quitó la herramienta y se dispuso a hacerlo que el otro no podía. La copa del corpulento árbol sobresalía del huerto y, al caer derribado, atropelló a una pobre muchacha que lavaba en el arroyuelo que corría por las tapias del Monasterio.

El Padre Adrián se limpió el sudor que cubría su frente y saliendo a la parte afuera del jardín contempló con ansia infinita el soberbio panorama que ofrecía la Naturaleza... Aquello era el Mundo, el mundo donde había dejado su juventud y que se le ofrecía con la sonrisa tentadora de Satán.

Un pastorcillo árabe que pacía sus rebaños por los alrededores hizo sonar su flauta y con voz clara entonó la canción de los libertos, diciendo:

"Sólo Dios y yo sabemos lo qué pasa en mi corazón".

Mentalmente el Padre Adrián repitió la copa y sus ojos se inundaron de lágrimas. Pero de pronto, un débil lamento llegó hasta él y volviéndose rápidamente hacia el lugar de donde había partido, vió a una hermosa joven

que yacía ensangrentada bajo la copa del árbol que acababa de derribar. La sacó suavemente y la condujo en sus brazos hasta la puerta del Monasterio. Mas al ir a llamar un letrero, colocado en la puerta, detuvo su mano y leyó:

"Se prohíbe la entrada a las mujeres."

El reglamento de la comunidad era inalterable y estaba seguro de que aquella desdichada no habría podido traspasar los umbrales del sagrado recinto. Con su preciosa carga volvió al riachuelo y con infinita ternura fue limpiando las heridas de la desgraciada, que se hallaba privada de sentido. Al contacto del agua fría, reaccionó la joven y sus ojos se posaron acariciadores sobre el rostro del sacerdote, que sintió como si toda su sangre hirviera al contacto de aquella mirada de fuego. Para la muchacha era aquello una prueba de su gratitud, pero para el monje era un pecado mortal; y poseído por un terror inexplicable, huyó tembloroso y amedrantado hacia el interior del convento.

Momentos antes había llegado al Monasterio el Conde Anteoni. Era éste un perfecto caballero, nacido de padre europeo y madre africana. Desde su niñez sintió que la sangre materna ejercía en él más influencia que la del Conde y prefirió vivir en Africa, donde tenía grandes posesiones, aun cuando su religión era la católica. Su finca, era conocida por todos los habitantes como el mejor palacio que

había en todas las ciudades del desierto y su jardín, por su belleza y fragancia, había adquirido el nombre, entre los naturales, de "El Jardín de Alá".

Se hallaba instalado en una población enclavada en el desierto que se llamaba Beni-Mora y pocas veces la abandonaba para trasladarse al mundo civilizado.

La influencia que ejercía su nombre le abrieron las puertas del Monasterio de los Trapenses y el Padre Abad y el Padre Guardián, los únicos monjes exentos del juramento del silencio, fueron enseñándole las diferentes dependencias del convento.

—Por lo que veo—les dijo el Conde, después de haber recorrido casi todo el Monasterio—la vida se les ha de hacer aquí demasiado monótona.

—No crea, señor Conde—respondió el Padre Abad—. Todos los que estamos aquí hemos ingresado voluntariamente y nuestro único deseo es consagrarnos a Dios.

—¿Y nunca se ha dado el caso de que un monje abandone el Monasterio? — preguntó nuevamente el Conde Anteoní.

—Jamás. Si alguno lo hiciera, sería repudiado por la religión católica.

Llegaron por fin al departamento donde se fabricaba el licor Trapense y en aquel mis-

mo instante apareció el Padre Adrián. El Padre Abad aprovechó la ocasión para presentárselo al Conde, diciéndole:

—El Padre Adrián dirige la preparación del licor—y dirigiéndose al religioso le dijo—: El señor Conde Anteoní, un fiel amigo de los mahometanos, y también un buen amigo nuestro.

El monje hizo una reverencia, a la vez que le ofrecía la mano al aristócrata.

—¿Quiere usted probar nuestro licor?—le dijo el Padre Abad al Conde—. El mismo Padre Adrián le servirá una copa.

Este, que apenas podía sostenerse, preso todavía de la emoción que experimentara al contacto de la joven que había curado, tomó con mano trémula un frasco del delicioso licor e intentó llevar la copa que le ofrecía el Conde. Pero su nerviosidad era tal, que el líquido cayó fuera del recipiente, a la vez que el sacerdote sentía que se apoderaba de él un desfallecimiento, que sus fuerzas eran incapaces de resistir. El Conde observaba atentamente la palidez del rostro del religioso y cuando éste perdió por completo el sentido, fué el primero en sujetarlo, hasta que otros monjes se lo llevaron al interior del edificio.

Desde aquel día el Padre Adrián, para huir de la tentación, se impuso a sí mismo mayor penitencia. Se pasó las noches postrado ante la imagen de la Virgen y con todas las ansias de su alma rogó a la madre de Dios que

fortaleciera su espíritu y que le diera fuerzas para resistir a aquellas ansias de libertad, de vivir, de conocer el otro mundo del que lo ignoraba todo. Y mientras sus ojos lloraban lágrimas de angustia, de lo más profundo de su ser elevaba a la sagrada Imagen sus súplicas diciendo:

—¡Oh Madre Piadosa!... ¡Arranca de mi corazón este anhelo de vida... de libertad!...

.....
No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novellitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Ap. rt.º 707 Barcelona



OTRO MUNDO



Lejos de las ardientes tierras africanas, en el turbellino de la vida de Londres, de la inmensa ciudad de las brumas, el suntuoso palacio de Lord Fen, albergaba en su seno la desesperación de una vejez y el encanto de una vida pletórica de juventud.

El viejo lord había tenido en su vida un amor intenso, uno de esos amores que sólo la muerte sabe borrar: el de su esposa, a quien adoraba con fanatismo de idólatra. Cuando cayó mortalmente enferma, el lord imploró a Dios misericordia para que reservase aquella vida que tanto adoraba, pero la voluntad divina fué distinta que la humana y al morir la desesperación del esposo se trocó en odio hacia todo lo que significaba religión. En aquella casa estaba vedado el nombre de Dios, pero, sin embargo, su hija, Domini, sentía en su ser la honda fe católica, que su madre supo inculcarla.

Esta adhesión, por todo lo que significara creencias religiosas, era conocida de todos y jamás llamó a su puerta un alma cristiana, para implorar en nombre de Dios una limosna. Más tarde, una religiosa, ignorante, sin

duda, de los sentimientos del propietario del palacio, llegó hasta sus puertas en demanda de un auxilio para los necesitados. Lord Fen, al verla, la arrojó de su presencia con frases descompuestas, pero al ir a salir la religiosa, Domini, que entraba en aquel instante, la llamó y le entregó todo el dinero que llevaba encima.

Aquel acto de su hija excitó aun más al viejo lord y corrió a la habitación de ésta para censurarle su acción.

—¿Por qué has contravenido mis órdenes? —le preguntó irritado.

—Porque comprendo tu obsesión y quiero librarte del castigo a que tu conducta puede dar lugar a los ojos de Dios —respondió humildemente la joven.

—Dios no quiso oír mis súplicas, cuando le pedía por la vida de su madre y lo mismo que El se negó a mí, yo me niego a El —exclamó el padre, cada vez más excitado.

No quiero discutir tus ideas, papá —volvió a decirle Domini—; pero piensa que si mamá viviera no justificaría tampoco tu manera de obrar —. Y al decir esto señaló el retrato de su madre, sobre el que había colocado un crucifijo.

—¿Quién ha puesto eso ahí? —exigió el anciano ahogado por la rabia.

—Ella misma —respondió la joven—. Siempre quiso que presidiera su retrato la imagen



El 30 de agosto Lord Fen elevó al limbo

de Dios y yo no hago más que cumplir su deseo.

En su gran ceguera, lord Fen levantó el bastón sobre el que se apoyaba, pero en el mismo instante, como si la bondad divina quisiera impedir su sacrilega acción, un fuerte acceso de tos imposibilitó su respiración y cayó muerto a los pies de su hija.

A los gritos de angustia de la muchacha acudió la fiel doncella y comprendió que su señor había dejado de existir repentinamente.

Domini, presa del más infinito dolor por aquella muerte, que la dejaba en completa orfandad, elevó sus ojos llenos de lágrimas al cielo y con profunda resignación suspiró:

—Dios mío, cúmplase tu santa voluntad!

Por una de esas raras casualidades del Destino, el difunto lord había tenido una gran amistad con el Conde Anteon, amistad que había permanecido intacta, a pesar de la distancia que separaba a los dos hombres. El Conde había conocido a Domini desde pequeña y siempre sintió por aquella muchacha de extraordinaria y angelical belleza un profundo cariño paternal. Domini era al único hombre que conocía y que había visto en su casa y a él precisamente quiso dirigirse, pero estaba tan lejos! que comprendió que su llamamiento hubiera sido inútil.

Los días que sucedieron a la muerte de lord Fen, fueron para la joven inacabables. La

sombra de los dos seres queridos la perseguían obstinadamente y sus ojos no cesaban de llorar aquella pérdida, que tan sola la dejaban.

La vieja doncella veía el dolor de la joven y un día le dijo:

—Señorita, debía usted viajar un poco, salir de este ambiente que le recuerda a sus padres, correr mundo y procurar distraer su mente de los tristes recuerdos.

—Tienes razón — respondió Domini —; pero ¿dónde dirigirme, que no me encuentre tan sola como aquí. No conozco a nadie. Jamás he tenido amigos y solamente mis padres eran mis compañeros.

—Sin embargo — continuó diciéndole la sirvienta —. El señor lord tenía un íntimo amigo, el señor Conde Antoine. Estoy segura de que sería una gran alegría para él el poderla consolar. Además el cambio de costumbres de los habitantes de aquellas tierras tal vez influyeran en su ánimo para que el olvido fuese más rápido.

—Es verdad — aceptó por fin la joven —. Marcharé en seguida a África y procuraré olvidar la terrible pesadilla de mi vida.

Algunos días después en uno de los soberbios transatlánticos que cruzan el Océano Domini Enfielden, se dirigía hacia las lejanas tierras donde tenía el único amigo, de quien esperaba un poco de consuelo para su dolor.

LA HUIDA

Ni los ayunos, ni las torturas impuestas a sí mismo, pudieron alejar de la mente del Padre Adrián, aquel insano deseo de libertad. En su alma resonaban con ensordecedor acento el canto del libertio y una noche, impotente para resistir por más tiempo, huyó del Monasterio, dejando una carta escrita, en la que explicaba su marcha. Al día siguiente, cuando los monjes se dieron cuenta de la desaparición del Padre Adrián, entraron en su celda y encontraron al carta que decía:

"No puedo continuar sirviendo a Dios sin fe. Antes de ser un mal sacerdote huyo del convento. Renunció mis votos y mi adhesión a una fe que no acepto.—Padre Adrián Boris Androwsky."

Y el Padre Adrián, convertido en Boris Androwsky, corrió a ocultarse en el interior del desierto. Pero, no obstante, su sacrilegio le perseguía, sentía en su conciencia el incumplimiento de su juramento y procuraba huir

del trato de los hombres, como si temiera que en su mirada pudieran adivinar el pecado mortal que había cometido.

En la expresión dolorosa de su semblante se adivinaba al hombre torturado por un infimo sufrimiento y sus rasgos enérgicos y correctos le hacían aun más interesante.

También Domini había llegado a África y se internaba hacia el desierto en busca del amigo de su padre. En el departamento en que viajaba, iba con ella un anciano sacerdote y una anciana estafalaria, que conservaba todas las ilusiones de su pasada juventud, aumentadas por un excesivo romanticismo que la había llevado a recorrer aquellas tierras, donde creía poder encontrar el príncipe de sus sueños. Cada viajero iba ocupado, leyendo el primero un libro religioso y la segunda una fantástica novela de aventuras, en la que se relataba unos imaginarios amores de un "cheg" y una europea.

Domini paseó la vista por los que ocupaban su vagón y pronto comprendió que el viaje tendría que hacerlo sin poder cambiar ni una sola palabra con sus acompañantes, ni aun con el único joven que había, el cual se hallaba ensimismado inspeccionando un álbum de mariposas en el que, sin duda, coleccionaba cuantos insectos raros veía.

Al cabo de algunas horas, paró el tren en una estación próxima a Beni-Mora y entró al

vagón un pasajero joven, vestido con cierta elegancia; pero al ver al sacerdote pretendió huir, como atemorizado por una visión horrible. Domini lo miró atentamente y no dejó de interesarle el aspecto de aquel desconocido, a quien la marcha del tren le había impedido cambiar de asiento. Era Boris Andrewskey.

Mutualmente se miraron los dos jóvenes y sus ojos parecieron sonreír al encontrarse, aunque cuando no se dirigieron la menor palabra durante todo el resto del viaje. Al llegar al final del trayecto, Boris, con la precipitación del que se ve perseguido, salió del coche y al recoger su equipaje dejó caer sobre la cabeza de la solterona unas cajas y otros objetos, sin detenerse siquiera a disculparse.

—Por lo visto, en esta tierra no es la galantería el flaco de los hombres — exclamó Domini indignada ante el procedimiento del desconocido. Boris aun pudo oír estas palabras y sintió que la sangre le subía al rostro. Estuvo a punto de volver para excusarse, pero el temor a encontrar de nuevo al sacerdote le obligó a alejarse de aquel lugar.

El Destino, a veces se deleita en complicar la vida humana, y esta vez eligió como muñecos de sus deseos a Boris y a Domini. Los dos se hospedaron en el mismo hotel y el joven, al saber que la bella viajera se hallaba allí, comenzó a correr por sus venas toda



Si las señoras lo desearan las llevaré al café

la vigorosa fuerza de su juventud. Un tormento infinito, un deseo no explicable para él que nunca había vivido fuera del convento, atormentábase en presencia de aquella criatura de rostro angelical. Hubiera querido correr a su lado y caer a sus pies solicitando el perdón por el acto cometido en el tren, pero su timidez y su remordimiento eran mayores y supo contenerse.

Domini había conseguido trabar amistad con la solterona y las dos decidieron hospedar

darse juntas. Por la noche, ésta quiso buscar las aventuras que tanto había leído en los libros y le dijo a su nueva amiga:

—¿Quiere usted que salgamos a ver la población? Dicen que Beni-Mora es la reina del Sahara...

—Me agradaría más quedarme en el hotel —respondió Domini—. No conozco a nadie y no me gusta recorrer las calles de una población desconocida, de noche.

—En el mismo caso me encuentro yo —exclamó la solterona, que se llamaba Susana—; pero siempre es interesante conocer la vida nocturna de una población.

Ante la insistencia de Susana, Domini terminó por acceder a sus deseos y las dos mujeres se internaron por las tortuosas callejas de la ciudad.

La calle de las Bailarinas, era el punto donde acudían todos los turistas que llegaban a Beni-Mora y el sitio de reunión de todos los árabes trasnochadores. Al llegar a ella, las dos mujeres quedaron indecisas, sin saber a donde encaminarse, hasta que un indigena se acercó a ellas y les dijo:

—¡Alabanzas sean hechas a Dios, que ha dirigido a las señoras hasta un guía honrado — y mostró la placa con el número 7, para que tuvieran confianza en él.

—Quisiéramos ir a un lugar típico —le dijo Domini—, aunque tengamos que pagarle bien,

El árabe se la quedó mirando largamente y al fin contestó, haciendo una profunda reverencia.

—El estar bajo la luz de los bellos ojos de la señora es pago más que suficiente a mis humildes servicios.

—¡Qué encantadores son estos árabes! —exclamó Susana sonriendo al joven indigena que recobró inmediatamente su seriedad al ver la forma con que lo miraba la vieja.

—Si las señoras lo desean, las llevaré al café para que puedan ver nuestras danzarinas.

Domini hizo un gesto que expresaba bien a las claras que no era partidaria de ir a aquel lugar, mas Susana intervino, diciendo:

—Sí, joven árabe. Queremos conocer todo lo que haya de típico en este país.

Y conducidas por el mahometano, Domini y Susana, cruzaron callejas, en cuyas puertas y ventanas se asomaban las pobres vendedoras de amor, hasta llegar al café designado por el guía.

GRATITUD Y AMOR

En lo más internado de la población árabe se hallaba el Café de las Bailarinas, que venía a ser una especie de "music-hall" europeo. En el suelo, sobre ricos almohadones, de chillones colores, se hallaban sentados los indígenas, mientras que para los europeos habíanse colocado algunos veladores, donde tomaban el té, la bebida predilecta de los mahometanos. En el centro las muchachas bailaban esas danzas árabes llenas de contorsiones y languideces y eran continuamente aclamadas por el auditorio. En una de las mesas se hallaba Boris, contemplando indiferente aquel cuadro de agua fuerte, cuando entró Domini y su compañera.

La presencia de la joven despertó cierta curiosidad en el propietario del café, mas por el collar de perlas que pendía de su cuello, que por su persona y las condujo solícito a un lugar algo apartado de la sala.

No pasó desapercibida para Boris la llegada de Domini y sintió que su cuerpo se estre-

mecía bajo el imperio de un sentimiento completamente desconocido. Los dos jóvenes cambiaron una mutua mirada, pero Domini, recordando la incorrección de él, le volvió disimuladamente la espalda.

En Africa es un país donde el matrimonio carece de importancia. Se casan con la misma facilidad que se toman un vaso de té y se dejan los esposos unos a otros con la misma facilidad. Para esta separación no influye en nada la diferencia de sus caracteres y únicamente, en la mayoría de los casos, la motiva el dinero que el marido puede ofrecerle a la mujer.

Domini miraba atentamente los bailes que ejecutaban las bailarinas cuando el guía que no se separaba de su lado le advirtió:

—Ahora le toca el turno a Aisha, la danzarina más famosa de Beni-Mora. Los hombres más ricos están enamorados de su belleza.

La joven fijó su atención en la muchacha que acababa de salir y que había levantado una salva de aplausos y el guía continuó diciéndole, a la vez que le señalaba a un indígena acurrucado en un rincón.

—Aquel es Hodj, el nómada. Estaba casado con Aisha y la semana pasada lo dejó. Sus celos son como un montón de yesca esperando la chispa que los ha de hacer explotar.

Domini dirigió la vista hacia el árabe y

pudo advertir en su rostro las huellas del sufrimiento que experimentaba por el abandono de que había sido objeto. Sin embargo, la bailarina se había acercado a donde estaba Boris y sonriéndole provocativamente, agitaba su cuerpo al compás de la monótona musiquilla de unos tambores.

—¿Qué es lo que quiere?— preguntó Boris a uno de los indígenas que estaban cerca de él.

—Quiere dinero — respondió éste—. Dale una moneda de plata.

Boris sacó del bolsillo la moneda y la colocó en la frente de la bailarina, sin dejar de mirar al sitio donde estaba Domini.

Aquella provocación de su antigua esposa excitó aun más a Hadj y por si esto era poco el dueño del café se acercó a él y le dijo:

—Hadj, esta noche Aisha se marcha con Ali Ben Hassan, el nuevo cadí. El es rico y su caravana es igual que la de un sultán. La suerte sonríe a Aisha...

Los celos mal contenidos del árabe, estallaron ante aquellas palabras y fuera de sí de un salto se arrojó sobre la danzarina, clavando hasta el pomo su gubia en el pecho de la infeliz joven. El barullo que se formó desde aquel momento fué horroroso, mientras unos corrían en busca de los soldados para detener al asesino, otros huían atemorizados.

El dueño del café aprovechó aquella confusión para arrojarse sobre Domini y arrancarle el collar que había excitado su avaricia. Aquel acto de salvajismo había causado tal impresión en el ánimo de Boris, que quedó inmóvil en su asiento, sin saber qué resolución tomar. Mas de pronto, al levantar su vista hacia el lugar en que estaba Domini, vio a ésta luchando con el dueño del café y corrió en su auxilio. De un terrible puñetazo arrojó al árabe contra el suelo y cogiendo a la joven del brazo la condujo hasta fuera del establecimiento.

—Le estoy muy agradecida por su noble acción—le dijo Domini, cuando se encontró en la calle—. Le repito a usted las gracias y le deseo buenas noches.

Pero Boris no se movió y sin soltarle el brazo, que aun tenía sujeto le respondió:

—No es conveniente que la deje sola. Regresaré con usted, señorita... Nos hospedamos en el mismo hotel y la acompañaré, porque estas calles no ofrecen ninguna seguridad, a no ser que le sea desagradable mi compañía.

Domini se le quedó mirando, extrañada de aquel cambio de actitud de su desconocido compañero de viaje, y le contestó:

—Al contrario, le agradezco su ofrecimiento y lo acepto. Usted debe estar familiarizado con las costumbres de este país, ¿verdad?

—No, señora—respondió Boris—. He vivido muchos años en él y sé tanto como usted de su vida.

—Sin embargo, su estancia en el café...

—Fue puramente casual, como la suya—respondió Boris—. Se conoce que a todos los extranjeros suelen llevarlos los guías al mismo sitio.

Poco después habían llegado al hotel y Boris al despedirse de ella le dijo suplicándole con la mirada:

—Le ruego que perdone usted mi rudo y tosco comportamiento en el tren. No estoy acostumbrado a tratar con señoras.

Domini sonrió deliciosamente y tendiéndole su mano le contestó:

—Ha quedado usted disculpado con creces por lo que hizo esta noche por mí. Soy su compañera de hotel y puede tenerme por su amiga.

Boris estrechó con fuerza la diminuta mano de la joven y la vio entrar en su habitación, cuya silueta de perfecta armonía dibujaba la débil luz del interior.

Cuando el antiguo monje entró en su cuarto todavía sentía en su cuerpo el caliente contacto de aquella divina mujer y en sus oídos resonaba la armoniosa voz de Domini. Sentía que algo nuevo, completamente desconocido, abrasaba todo su ser, su corazón latía descompasadamente y su cuerpo se estremecía



Ahora le toca el turno a Alaba

con espasmos de un influjo superior a su voluntad. La figura de Domini, tan llena de dulzura e ingenuidad, se le aparecía como una visión divina, que le tendía los brazos, llamándole hacia un lugar desconocido...

Pasaron los días y la amistad de los dos jóvenes se hizo más fuerte. Domini, al advertir la tristeza que de continuo ensombrecía la vida de su amigo, empezó a sentir por él una infinita conmiseración, que poco a poco fué trocándose en un sentimiento amoroso,

sin que ella misma se diera cuenta. Sin embargo, encontraba algo anormal en aquel ser, que se mostraba extremadamente tímido a su lado, cometía mil indiscreciones, sin percibirse y en todos sus actos demostraba un desconocimiento absoluto de lo que era el mundo.

Boris, intentaba, sin embargo, rehuir la presencia de la joven, pero una fuerza irresistible le hacía desear su compañía y como fascinado por el encanto que se desprendía de Domini, seguía sus pasos como una sombra cautelosa que quisiera pasar desapercibida. Ella se había dado cuenta de la lucha interior que sostenía aquél, pero comprendía que no tenía ningún derecho a interrogarle sobre su pasado y se limitaba únicamente a estudiarlo. Por las tardes Domini bajaba al jardín de hotel con la esperanza de encontrarse a su mudo adorador y pasaron varios días, hasta que por fin uno de ellos se le acercó a Boris y le dijo:

—Sentiría distraerla de su lectura, pero me parece que se aburre usted, casi tanto como yo, ¿no es cierto?

—Ha acertado usted, amigo Boris—respondió la joven cerrando el libro y enseñándole el título, al antiguo sacerdote, quien, después de examinarlo se lo entregó sin decirle nada.

—¿Lo conocía usted?—le preguntó Domini ingenuamente.

—No, señora—exclamó él—. He leído muy poco. Durante muchos años he vivido como un ermitaño.

—¿Y qué es lo que le ha obligado a usted a abandonar su retiro?—volvió a preguntar la muchacha, sin sospechar el daño que le hacía con su pregunta.

Boris suspiró tristemente y exclamó:

—Me atrajo la vida. El ansia de vivir mi juventud y ahora todo esto me pesa, me ahoga tanto o más que mi antigua soledad.

Domini advirtió que había tocado la herida de aquel hombre y compadecida por el sincero dolor que expresaban sus palabras procuró cambiar el rumbo de la conversación y le ofreció una taza de té, diciéndole:

—¿Qué desca, crema o limón?

—Ambos—contestó él.

Ella lo miró extrañado y después echándose a reír, le dijo:

—¿No querrá usted decirme que los ermitaños toman crema y limón en el té, al mismo tiempo?

Boris se dio cuenta de su indiscreción y quiso rectificar diciendo:

—Quise decir que lo tomo solo.

—¡Pobre Boris!—exclamó ella—. Ven que es usted un ser desgraciado. No sé que habrá sucedido en su vida, pero, sin conocerla estoy segura de que nada malo ha podido usted hacer.

—No sabe el bien que me hacen sus palabras, Domini—repuso él—. Tal vez algún día conozca todo mi sufrimiento y encuentre justificación a mis actos que otra persona, menos benévola y no tan buena como usted, no perdonaría.

—Pues si usted lo sabe, ¿por qué no intenta corregirse?—le regañó Domini cariñosamente.

—Porque no me doy cuenta de ello, hasta que lo he hecho. Además mi pensamiento está tan lejos de todo lo que me rodea... En mi vida sólo hay una cosa interesante y es usted. Cuando la oigo me parece que una música celestial llega hasta mí y su voz despierta en mi alma un sentimiento de veneración tan infinito, que sin vacilar me postraría a sus pies para adorarla como a una santa.

Domini sentía que su corazón palpitaba violentamente al oír aquellas frases de sentido amor, mas rechazándose de pronto, terminó la conversación diciendo:

—Con su permiso, voy a mi cuarto. No olvide que me tiene prometido acompañarme a casa de mi amigo.

Boris se levantó de su asiento y vio alejarse a la joven que volvió varias veces la cabeza para dirigirle una sonrisa deliciosa, que era como una promesa de amor...

Pero en aquel instante, cuando la felicidad llamaba a su corazón, cuando la dicha anhe-



Los monjes contentos del rabe catillero

lada y sus ilusiones iban tomando forma real, el remordimiento de su huida del Monasterio le aensaba con más fuerza, haciéndole ver que aquella mujer que se había apoderado de su vida, no podría jamás pertenecerle. Ella nunca aceptaría por esposo a un hombre que no pertenecía al mundo, sus votos impedían aquel matrimonio y loco, desesperado, perseguido por sus obsesionante idea, corrió a encerrarse en su cuarto. Era su castigo, la expiación de su culpa, contra la cual era inútil toda rebelión...

PREDICCIÓN

La fascinación y el mágico encanto de los días africanos impulsaban a Boris y a Domini bajo su sutil hechizo. Ya llevaba la joven varios días en Beni-Mora, sin que todavía hubiera anunciado al Conde su visita, quien por su parte ignoraba la llegada de la muchacha, hasta que recibió una carta suya en la que le decía:

"Amigo Anteoni. Mañana tendré el placer de pasar a saludarlo y de ver su jardín en el desierto después de nuestras conversaciones acerca del mismo en Londres. Cuando vaya a verlo me permitirá llevar conmigo a un amigo, un interesante ermitaño, a quien compadezco por su soledad.

"Cordialmente,

Domini Enfielden."

Al día siguiente los dos jóvenes se dirigieron al palacio del aristócrata, pero al llegar a la puerta Boris se excusó de entrar diciéndole:

—Preferiría esperarla aquí, Domini, ya sabe que no me gusta entablar conversación con personas a quien no conozco.

—No admito esa excusa—respondió sonriendo la muchacha—. Entrará usted conmigo. Debe tener amigos, adquirir el trato de gente.

Boris se sentía incapaz de luchar contra los desenos de aquella encantadora mujer y a su lado era un ser sumiso y dócil, sin más voluntad que la de ella. Por lo mismo no insistió en su negativa y la siguió por el hermoso jardín de la quinta del Conde.

El palacio donde vivía éste era de puro estilo árabe y en uno de los santuosos salones se hallaba el aristócrata hablando con el mismo sacerdote que había acompañado a Domini en el tren.

Al entrar Boris y ver al religioso, sintió nuevamente el mismo temor que tantas veces le asaltaba y procuró dominarse, aunque su excitación no pasó desapercibida para el aristócrata, que le dijo:

—Con seguridad, señor, nosotros nos hemos conocido anteriormente. No sé dónde, pero su cara no me es desconocida.

Boris hizo un esfuerzo sobre sí mismo y estrechando la mano que le ofrecía el Conde, replicó:

—Si es así, yo no recuerdo...

—Tal vez sea una confusión mía— exclamó el otro al advertir su nerviosidad. Salíó hasta la puerta acompañando al sacerdote que se marchaba y al volver a donde estaban sus visitantes, le dijo a Domini:

—Supongo que la vida en Africa la encontrará usted completamente distinta de la de Londres, pero estoy convencido de que le agradará.

—En efecto—respondió la joven—. Es muy diferente de la que hasta ahora conozco, pero no obstante, le encuentro cierto misterio, una inexplicable melancolía a las costumbres y al modo de vivir de aquí, que me encanta. He venido para olvidar tristes recuerdos y me parece que lo conseguiré muy pronto.

—Es muy agradable para mí que encuentre usted mi país tal y como yo deseaba que se lo imaginase en nuestras conversaciones en su casa y respecto al olvido estoy seguro que lo conseguirá usted.

Al decir esto el Conde Anteoní miró expresivamente a Boris.

Domini que había leído en sus ojos su pensamiento, enrojeció de pronto y procurando disimular su emoción exclamó:

—Me perdonará usted que haya traído conmigo a mi amigo; le pasa lo que a mí, no conoce a nadie de aquí y mutuamente nos acompañamos en nuestra soledad.



De un terrible puñetazo arrojó el árabe contra el suelo

—Usted puede hacer todo lo que desee en mi casa — respondió galantemente el Conde—. La amistad que me unía con su padre le da a usted derecho a disponer de mi palacio como si fuera suyo.

La conversación había decaído y Boris sentía el haber entrado en aquella casa. El también había reconocido al Conde y temía que de un momento a otro pudiera descubrir a la joven su terrible secreto.

De pronto el señor Anteoní le dijo a su huésped:

—Señorita Enfiliden, voy ahora a hacer venir un adivino para que le predigo su porvenir. Es una costumbre muy corriente en África y justo es que usted también la practique.

—¿Pero usted no creerá en eso?—le preguntó sonriente Domini.

—A veces, sí — respondió seriamente el Conde—. El hombre que adivinará su porvenir es un individuo que difícilmente se equivoca.

Dió la orden a uno de los criados y momentos después apareció un árabe pobremente vestido, que llevaba sobre una bandeja de plata un puñado de arena sagrada del desierto.

—Este hombre — le explicó el Conde —, mediante la arena del desierto le dirá a usted el pasado y su futuro.

Boris cambió de color y estuvo a punto de salir huyendo de aquella casa maldita que venía a remover en su mente los recuerdos que luchaba por olvidar. Pero una mirada de la joven lo detuvo y el adivino empezó a trazar rayas sobre la arena de la bandeja, diciendo:

—Veo una caravana, veo a la señora que sale en un largo viaje por el desierto...

—¿Qué más?—le preguntó interesada la muchacha.

—Hay alguien con la señora... es un hombre moreno.

Domini miró a Boris y sonrió al ver que aquellas señas coincidían con las de él. El adivino siguió diciendo:

—El hombre es morcau, pero no puedo distinguir bien sus facciones, una sombra las oculta...

—Quiero saber quien es ese hombre — insistió Domini —. Haz un esfuerzo, adivino.

Este siguió trazando en la arena varios signos ilegibles y exclamó de nuevo:

—Veo el pasado de ese hombre. Hay una pared donde ha caído un árbol... Un hombre con una hacha ha cortado ese árbol... ¡El hombre es el caballero!

Boris sentía una opresión tremenda en la garganta que le impedía respirar, pero al oír la afirmación del adivino se levantó como tocado por una chispa eléctrica y de un manotazo arrojó por el suelo la arena que había en la bandeja, diciendo:

—¡Miente!... ¡Este hombre está loco!

El adivino al ver la arena esparcida por el suelo se levantó rabioso y exclamó, amenazando a Boris:

—¡Perro infiel!... ¡La arena sagrada no miente nunca!

Pero el antiguo monje, sin despedirse de nadie había salido ya de la casa y Domini, procuró disculparlo ante el Conde diciéndole:

—Le ruego que le perdone. Todavía no he

podido comprender el carácter de este hombre. Sin duda el sufrimiento que lleva consigo le hace a veces perder la razón.

—No tiene usted que disculparlo—repuso amablemente el Conde—. Solamente le aconsejo que tenga usted cuidado con su compañía.

Un rato después Domini se despedía de su antiguo amigo diciéndole:

—Estoy encantada de haber conocido su palacio, sobre todo su maravilloso jardín, y comprendo por qué los naturales le den el nombre de "El Jardín de Alá. Es tal y como yo me lo había imaginado.

—Entonces sus palabras me hacen pensar que no será esta la única vez que la veré en él—le dijo el Conde.

—Le prometo que pasaré aquí todo el mayor tiempo posible mientras permanezca en Africa. Además la proximidad del desierto es otro de los motivos que me impulsará a venir con mayor frecuencia.

—Será para mí un gran placer el ver que mi jardín y mi casa se engalanan con su presencia, Domini. Lo único que siento es que mi buen amigo, su padre, no quisiera nunca venir a ver esta maravilla.

Durante todo el trayecto, hasta que llegó al hotel, Domini no podía apartar de su mente la desagradable escena a que había dado lugar la inexplicable conducta de Boris, pero



En la puerta del templo estaba esperando la caravana

un corazón enamorado siempre halla disculpa para el objeto de sus amores y Domini no solamente la encontró para Boris, sino que halló justificada su conducta y volvió de nuevo a compadecer a aquel hombre a quien creía atormentado por un doloroso recuerdo.

Al llegar al hotel, se encontró con Boris que la estaba esperando y que le dijo:

—¿Qué dice el Conde de mí?... Me habrán condenado, lo sé. Pero usted... ¿me podrá perdonar de nuevo?

—Sí, Boris—contestó ella—. Le perdono porque sé que sufre. Durante nuestros paseos la he comprendido y he sentido el deseo de ayudarle.

—Gracias, Domini. Una vez más es usted buena para conmigo—y estrechó entre sus manos las de la joven en un transporte de infinita pasión, la atrajo hacia él y cuando los labios de los dos enamorados iban a unirse en un beso supremo, Boris vió sobre el pecho de la joven un pequeño crucifijo que le obligó a separarse inmediatamente. Ante aquel gesto, Domini quedó extrañada, sin hallar justificacón al hecho. No comprendía que es lo que Boris habría podido ver en ella para retroceder de aquel modo y durante toda la noche una angustia infinita atormentó el corazón de la joven enamorada.

SACRILEGIO

Como un bálsamo bienhechor, el tiempo iba borrando de la mente de Domini los tristes recuerdos que la habían llevado a aquellas tierras en busca del olvido. La vida allí parecía sonreírle y cada vez más unida a Boris, recorría las vastas llanuras que se adelantaban al desierto, como si una fuerza misteriosa la atrajera a él. Domini era feliz. Se sabía amada por el hombre por quien por primera vez había latido su corazón y su amor, tan fuerte como su vida le hacía ver un cielo de rosa sonriente.

Continuó haciéndole visitas al Conde de Anteoní, hasta que un día éste le dijo:

—Pensaba haberle enviado recado para que viniera. Dentro de media hora voy a emprender un largo viaje por el desierto y quería despedirme de usted.

—Entonces he adivinado su pensamiento—respondió ella sonriente.

—Efectivamente—exclamó el Conde—; pero si no le he enviado recado es porque es-

peraba verla. Usted también ha respondido a la llamada del desierto y todas las mañanas la veo pasear por estos alrededores, acompañada por el señor Androwsky.

Al ver la forma con que pronunciaba su nombre, Domini, se puso inmediatamente seria y replicó:

—¿Me parece que no le es a usted muy simpático mi amigo?

El Conde calló un momento como luchando con un íntimo pensamiento, pero al fin exclamó:

—Perdóneme, si en mi gran devoción por usted, intervengo en este asunto, pero... un consejo: mientras menos le vea, mejor para usted.

—¿Acaso encuentra usted algo reprochable en la conducta del señor Androwsky?—preguntó molestanda ella—. Si es así le ruego que se explique con más claridad. ¿En qué se basa su sospecha?

—No tengo razón alguna — respondió el aristócrata—; sino presentimientos. Siento que, en alguna forma; ese hombre le atrae su desgracia.

—Esas son suposiciones, basadas únicamente en el gran cariño que me demuestra y que yo le agradezco, conde; pero puede usted estar seguro de que el señor Androwsky es un perfecto caballero y un hombre verdaderamente digno de compasión.

—Dios quiera que sea así — exclamó el conde, disponiéndose a montar a caballo. Y despidiéndose de ella, le dijo—: Recuerde que este jardín es suyo en mi ausencia. Y verdaderamente, sin usted, parece incompleto.

—Feliz viaje, señor Antoni — respondió la joven. Y durante unos minutos siguió con la vista la caravana del conde, que, vestido a estilo árabe, corría por los arenales con dirección al desierto. Cuando quedó oculto tras una duna, volvió Domini la cabeza hacia el jardín y se encontró con que Boris estaba a su lado.

—¿Sabía usted que me encontraba aquí? —le preguntó la joven, sorprendida de su presencia.

—Lo adivinaba — respondió tímidamente Boris—. Sabía que el conde se marchaba esta mañana y yo he resuelto partir esta noche.

—¿Y lo ha pensado sin decirme nada? — exclamó amargamente Domini—. Tal vez sin despedirse de mí...

—Así era, en efecto—confesó Boris—. Había resuelto no volverla a ver; pero no me fué posible dejar a Beni-Mora sin decirle antes adiós.

—¿Puedo saber, señor Androwsky, a qué se debe su marcha tan precipitada? — preguntó ansiosamente la joven, que veía rodar por

tierra todos sus ilusorios castillos de amor.
—¿Acaso siente el hastío de esta vida?

—No, Domini — exclamó él —. Yo le juro que jamás fui tan dichoso como los días que he pasado a su lado. No piense que se me hace fácil marcharme... la conocí aquí y... he vivido por unos momentos un sueño ilusorio. Si ahora vuelvo la espalda a la vida, a lo único porque se hace amable vivirla, es porque...

Quedó en suspenso, sin atreverse a decir lo que su corazón sentía; pero ella, en el dolor que experimentaba al ver que se alejaba de su lado el hombre a quien había entregado su amor, le preguntó insistente:

—¿Por qué?

—¡Oh, Domini! — continuó él diciendo, sin poder contenerse por más tiempo la inmensa pasión que le abrasaba —. ¡No me escuches... no debes escucharme... pero no puedo marcharme sin hacerte una confesión!... ¡Te amo!... ¡Te amo con locura infinita, como jamás pensé que pudiera amarte; pero no me escuches, te lo suplico!

Domini acarició amorosamente la cabeza de Boris, que había caído a sus pies, y exclamó:

—¡Sí, Boris, quiero escucharte; quiero oírte repetir, porque yo también te amo con todo mi ser!

Y en aquella mañana, cuando el aire ca-



Ajenos a todo lo que no fuera pasión que los abrasaba...

luroso del desierto ponía en los cuerpos ardientes del sol africano, los dos amantes, abrasándose en su pasión, unieron sus labios como promesa de un amor eterno, indestructible...

Una mañana, las campanas de la pequeña iglesia católica de Beni-Mora anunciaban la perfidia y la desconfianza de una mujer en un hombre, la traición del monje a sus votos religiosos, mientras que en el interior, el sacerdote bendecía la unión de Boris y de Domini, que seguía ignorando el pasado del

que dentro de breves segundos iba a ser su esposo.

Radiante de felicidad esperaba Domini el momento tan ansiado por su corazón, y cuando Boris fué a colocar el anillo nupcial en el dedo de la desposada, su mano temblaba, como el acusado que se ve ante su víctima. Pero la luz de aquellos ojos, tan llenos de bondad y de dulzura, ejercían sobre Boris un efecto mágico, y sin pensar en nada que no fuera en su amor, tomó ilegalmente por esposa a la pobre joven, que había puesto su vida en sus manos.

Momentos de infinita angustia, de dolor supremo, fueron para el antiguo sacerdote el tener que sonreír a las felicitaciones de los asistentes a la ceremonia, y su ferviente deseo era huir pronto de aquel mundo civilizado, de ocultarse con su esposa en el seno del desierto y vivir solamente para ella.

En la misma puerta del templo estaba ya preparada la caravana que los había de conducir en su viaje de boda, y Boris no respiró tranquilo hasta que por fin se vió fuera de la ciudad.

Cuando respiró el aire del desierto, se creyó libre de toda persecución, al huir de los hombres de su misma religión, se creyó libre también de los recuerdos que le atormentaban; pero cuando llegó la noche y los indígenas cesaron en sus cantos, cuando a so-

las con Domini, se encerró en su tienda de campaña, su remordimiento fué mucho mayor. Sintió que a su alrededor fantasmas invisibles le gritaban su sacrilegio, y se llevó las manos a los oídos, como queriendo huir de aquellas malditas voces.

Domini se acercó a él y cariñosamente le dijo:

—Boris, dime lo que guardas en su corazón... ¡Me has dicho tan poco!... Desde hoy, tus penas deben ser mías y mis alegrías tuyas. Abre tu corazón a mí para que yo pueda ver qué dolor es el que se oculta en él.

—Esta noche, Domini — exclamó Boris — estrechándola entre sus brazos — no hay en mi corazón sino amor por ti—. Y señalando hacia la hoguera que habían encendido los de la caravana y que el viento iba consumiendo rápidamente, siguió diciéndola: — Lo mismo que ese fuego va hacia el viento, el que hay en mi corazón va hacia ti...

Domini, ante las palabras de amor de su esposo, reclinó dulcemente la cabeza sobre su hombro, y contestó:

—Boris, Boris mío, creo que hemos vivido solamente para este momento de felicidad suprema...

Y, tiernamente abrazados, como temerosos de que alguien pudiera robarles aquella dicha inmensa, los dos esposos permanecieron

largo rato ensimismados en sus profundos pensamientos de amor y de felicidad, mientras que fuera un conductor entonaba el popular canto del liberto.

—¡Sólo Dios y yo sabemos lo que hay en mi corazón!...

SOBRE ROSA (Sólo para solteras),	20 cts.
SOBRE GALANTE (Id. para hombres)	20 »
SOBRE INFANTIL	15 »
SOBRE PEPITO INFANTIL	25 »

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hay mismo, restituyendo su importe en sellos de Correos, y 5 cts. para el certificado a **Biblioteca Filma**, Apartado, 707 - Barcelona

EN PLENO DESIERTO

Ajenos a todo lo que no fuera la pasión que los abrasaba, Domini y Boris vivieron varias semanas en el desierto; pero al despertar del letargo amoroso en que se hallaba sumida, Domini sintió el deseo de volver al mundo civilizado, al trato con los seres de su misma raza; quiso volver a su país, para disfrutar entre los suyos la dicha que le ofreció el amor de su esposo, y se vió sorprendida ante la negativa de éste.

Sin oponerse a la vuelta, dilataba la marcha, y mientras tanto iban pasando los días y las semanas sin que nunca llegara el momento de partir.

Uno de los días, Boris salió a pasear con el guía que llevaban, y quedó sorprendido al ver medio enterrado en una de las dunas un esqueleto. El guía comprendió lo que aquello significaba, y le dijo, como respondiendo a muda pregunta del europeo:

—El desierto es cruel con aquellos que pierden el camino. El pasajero que se extravía, no vuelve más al mundo de los vivos.

Boris sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo, y apartó la vista de aquellos restos humanos, que le explicaban el epílogo de una inmensa tragedia. Mientras tanto, Domini había mandado llamar al jefe de la caravana y le preguntó:

—¿Batouch, ha hablado usted de nuestro regreso con el señor?

—Sí, señora—, respondió el árabe—; pero no le agrada la idea de regresar.

—Está bien— contestó Domini, dando por terminada la conversación. Y aquella fué la primera nube que oscureció la felicidad de la joven. La extraña repugnancia de Boris por volver a la civilización, era para ella incomprensible.

Y mientras los días se convertían en semanas, llegó el sagrado mes de "Ramadán", durante el que los mahometanos tienen que ayunar durante el día y que no se les permite realizar grandes viajes. La caravana del conde Antéoni también regresaba para dirigirse a la Meca, en peregrinación, y se detuvo en el campamento de Domini. Al entrar en la tienda de la joven y ver en su dedo el anillo de desposada, lo comprendió todo, y le preguntó:



— ¿Es usted la Sra. Antéoni?

—¿Es usted la señora de Androwsky?

Domini afirmó con la cabeza y el conde exclamó melancólicamente:

—¡Estaba escrito!

Por la noche cenaron los tres en compañía, y cuando Boris se quedó solo con el conde, éste le dijo:

—Caballero, nosotros nos hemos encontrado en algún sitio, estoy seguro de ello.

—Siento mucho el no poder satisfacer su deseo, señor conde — respondió tembloroso Boris —; pero yo también estoy convencido de su error.

El conde no quiso insistir y, tomando una botella de licor de Trapensina, le ofreció a Boris, que rehusó diciendo:

—Tomaré otra cosa. Ese licor no es bueno.

—Por el contrario — contestó el conde —; es un licor delicioso. Lo tomé por vez primera en el monasterio de Staouely.

El licor, que tantas veces había fabricado, y el nombre del monasterio, produjeron en el ánimo de Boris tal impresión, que el conde fijó con mayor insistencia su mirada en él, hasta que por fin exclamó:

—¡Ya sé quién es usted!... ¡Usted es un monje!

Boris no tuvo fuerza para rechazar la afirmación, y abalanzándose sobre el conde, le dijo:

—¡Si se lo dice a ella, lo mataré!

El conde lo apartó de su lado y le contestó irónicamente.

—¿Decírselo yo?... ¿Hacer frente a la agonia de sus ojos? ¡Eso, nunca! ¡Ese es su inferno, caballero, pero no el mío!... ¡Se lo dirá usted mismo! La mujer que le ama, que confía en usted, que ama a Dios, debe saber toda la verdad, y debe ser usted el que se la diga...

Y sin atender a las súplicas del infortunado, salió de la tienda, para continuar su interrumpido viaje.

Boris, enloquecido al verse descubierto, temiendo perder a la mujer a quien adoraba como a su propia vida, huyó al desierto para calmar sus nervios. Apenas había andado una hora, cuando un viento fuerte y cálido empezó a azotarle el rostro; quiso volver, pero la tempestad de arena, el tremendo castigo del desierto, se había desencadenado en toda su furia, y sus ojos, cegados por la arena, no distinguían el camino por el que había venido. Su garganta se abrasaba y sentíase desfallecer por la horrible sed que sufría.

En el campamento, también la tempestad hizo su aparición. Las tiendas amenazaban volar, las caballerías, poseídas del instinto de conservación, oteaban el peligro y huían despavoridas en busca de un refugio. Todo era confusión y gritos entre los indígenas.

Domini buscaba ansiosamente a su esposo, y le preguntó al guía:

—¿Dónde está el señor?

—Salió hace un momento en dirección al desierto; si no vuelve pronto, será inútil esperarle. La tempestad no perdona vidas.

Otro de los que se habían hecho cargo del peligro que corría el campamento de Domini fué el conde Anteoni, que detuvo a su gente, diciéndoles:

—Debemos regresar al instante. El campamento de la señora está justamente en el paso de la tormenta.

Espoleó el caballo que montaba y poco después entró en la tienda que ocupaba Domini, diciéndole:

—Venga conmigo. En la tumba de Marabout es donde únicamente estará usted segura.

No, no—protestó ella—. Primero debemos buscar al señor. El salió hacia las dunas.

—Usted no puede hacer nada—exclamó el conde—. Végase conmigo y mis hombres lo buscarán.

Fué preciso hacerla ir a viva fuerza hacia el refugio que decía el conde, mientras que sus hombres salían en busca de Boris. Este, a su vez, había conseguido encontrar el ca-

mino para volver al campamento y, al entrar en la tienda y ver que no estaba su esposa, sintió sobre su conciencia todo el peso de su culpa, y cayó al suelo implorando la misericordia divina.

—¡Oh, Dios!—exclamó desde lo más recóndito de su ser—. Sávala y volveré a Ti... expiaré mi culpa...

Arrastrándose, medio ahogado por el calor sofocante del viento, con los ojos cegados por la arena, pudo al fin Boris llegar adonde estaba el santuario mahometano, y cayó a sus puertas desfallecido.

Un grupo de indígenas salió a recogerlo y Boris apenas pudo preguntar angustiosamente:

—La señora... la señora...

—Está dentro—le contestaron ellos.

Y después de horas de infinita angustia, los dos esposos se encontraron de nuevo.

EXPIACION

Al ver Domini de nuevo a su esposo, sintió que su pecho se ensanchaba de alegría. Loca de felicidad corrió hacia él y estrechándole entre sus brazos, exclamó:

—¡Dios oyó mis preces, Boris!... ¡Dios te conservó para mí!

Peró él la rechazó dulcemente, y la joven le preguntó extrañada:

—Boris, ¿qué te ocurre? ¿Aun ahora, en la hora de la misericordia divina, qué sombra es la que se interpone entre nosotros?— Y cambiando de tono, le exigió enérgicamente: ¡Debo saberlo!

—Te lo diré—repuso él, decidido a confesarle toda su vida. Pero de pronto, el temor a perderla, pudo más que su voluntad, y estrechándola entre sus brazos, exclamó: ¡No, no! ¡Guardaré el tesoro de tu

amor! Es todo lo que poseo en el mundo, y nadie ni nada me lo podrá arrebatar...

—No puede haber amor sin confianza absoluta—exclamó Domini—. Habla, por grande que sea tu falta, mi amor será mayor.

Entonces, esperanzado, Boris comenzó su confesión, diciéndole:

—Domini, tú no puedes, nunca me podrás perdonar el daño que te he hecho. Nuestro amor es algo prohibido, nuestro matrimonio ha sido un sacrilegio...

—Boris, ¿qué estás diciendo? — exclamó ella, aterrada—. ¿Un sacrilegio nuestro matrimonio?

—Sí, Domini. Cuando yo era joven, amaba a Dios, anhelaba servirle, quería vivir una vida de sacrificios y de pobreza; pero, demasiado tarde, llegué a la conclusión de que había renunciado a la vida sin conocerla, y huyó la paz de mi alma. Ni los ayunos, ni los rezos me aliviaron, y entonces, una noche, mientras me encontraba encerrado en mi celda, exhausto por la penitencia, oí otra vez la canción de los libertos. La Vida había llamado, y yo, un sacerdote, Dios me perdone, rompí mis votos y respondí a sus voces...

Domini, con la cara oculta entre las manos, lloraba amargamente, mientras que su esposo le relataba su pasado. Cuando aquél hubo terminado, la joven, compadecida por

el sufrimiento de aquel ser, a quien no había dejado de amar, a pesar de conocer su pecado, exclamó:

—¡Oh! ¿Por qué te obligué a decírmelo?

Y mientras lloraba amargamente su terrible desengaño, abajo, en la tumba del santón, se oían las voces de los musulmanes, que entonaban sus cánticos religiosos, diciendo:

—¡Dios es Único!... ¡Sólo su Imperio es perdurable! ¡Orad, creyentes, orad, por vuestras culpas!...

Pasó la tempestad y el desierto volvió a aparecer tranquilo; pero en el alma de Domini y de Boris, la tempestad era cada vez más borrasca. Había sido tomada una resolución enérgica, la única que podía aceptar la fe inquebrantable de Domini. Su amor había luchado tenazmente; pero había quedado vencido, y a los pocos días un coche se paraba ante la iglesia del monasterio de los Trapenses, y Domini le decía a Boris:

—Del monasterio viniste a mí; aquí en su puerta te devuelvo a Dios.

Boris bajó lentamente del coche, y exclamó:

—¡Jamás volveré a ser el hombre que oraba, que adoraba a Dios en la ignorancia!

—Boris — contestó ella — Nunca debes



Domini nunca me podrás perdonar el daño que te he hecho

ser aquel hombre. Llévame contigo hasta el altar... en tu oración, ámame en tu amor por El...

—Pero tú, Domini — exclamó Boris — ¿te quedarás completamente sola?

Domini elevó sus ojos hacia la imagen de la Virgen María, que con el Niño en los brazos presidía la entrada del monasterio, y le contestó:

—En la obscuridad habrá una luz que iluminará mi vida y en el silencio una voz que me consolará... Acércate, Boris, quiero ver tu rostro por última vez, para llevarlo grabado en mi corazón mientras viva...

Minutos después, la puerta del monasterio se cerró detrás de aquel hijo pródigo que volvía a su hogar, del que salió impulsado por un insano deseo...

* * *

Han pasado varios años. "El Jardín de Alá" ha cambiado de dueño y en el mismo lugar donde por vez primera Domini estrechó entre sus brazos a Boris, se halla ahora ella completamente sola. La tarde va cayendo len-

tamente y la voz del "mueznin" resuena en la lejanía, invitando a los creyentes a orar.

Por el jardín correteaba un precioso muchacho de corta edad, y su madre, influenciada por el místico silencio de la tarde, lo llama, diciéndole:

—Boris, ven, hijo mío...

El pequeño corre hasta donde está ella y en sus ojos bellos, profundamente negros, como los de su padre, se adivina una interrogación...

—Recemos, hijo mío, por un alma que ahora rezará por nosotros...

F I N

.....

Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOP

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS:

BIANCO BACHILIA

MARCUCCI

LOS MEJORES TANGOS

IMPERIO ARGENTINA

SPAVENTA

LINDA THELMA

MANUEL BIANCO

CARLITOS GAFDEL

PEPE COHAN

SOFIA BOZAN

CATULO CASTILLO

ERNESTO FAMA

JULIO DE CARO

Cada librito contiene 20 tangos modernos diferentes

PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad

PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA

que remitiendo el importe, más cinco céntimos
en sellos de correo, se los enviará en seguida

LECTURA PARA TODOS

4 NOVELAS
TITULOS **!!**
EXITOS **..**

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELÓN

M. NIETO GALAN

ILUSTRACIONES DE BOSCH

Precio: PORTADA A TODO COLOR
25 cts. 32 PAGINAS DE TEXTO
PROFUSAMENTE ILUSTRADO

.....
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Si desea usted bailar a
la perfección el popular

TANGO ARGENTINO

Pida hoy mismo antes que se agote
el

NUEVO METODO

que acaba de publicarse.

Precio: 25 céntimos

También están a la
venta los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTTOM

Si no lo encuentra en su localidad pídalo a

Biblioteca Films - Apart. 707 - Barcelona

que remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos
de correo, se le envía antes de pagar.

ZANEMANIA

REVISTA
MUSICAL

Números extraordinarios

60 céntimos

Núm. 1 **AGUSTIN IRUSTA**

Partes de piano y letras de

ESTA NOCHE ME EMBORRACHO

y **LA INGLÉSITA**

Núm. 2 **LUCIO DEMARE**

Partes de piano y letras de

EL CARRERITO

y **POMPAS DE JABON**

Núm. 3 **ROBERTO FUGAZOT**

Partes de piano y letras de

NINÓ BIEN y AVE NOCTURNA

Números corrientes

40 céntimos

Núm. 4 **MARCUCCI**

Parte de piano y letra de

LA REJA

— Pedidos a —

BIBLIOTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona

Remita cinco céntimos para el certificado. Fran-

queo gratis.